

chos en personas, como de hecho lo somos, empero por razón de que mora en nuestras almas un espíritu mismo, y por razón que nos mantiene un individuo y solo manjar, seamos todos uno en un espíritu y en un cuerpo divino: los cuales espíritu y cuerpo divino, ayuntándose estrechamente con nuestros propios cuerpos y espíritus, los cualifiquen y los acondicionen á todos de una misma manera; y á todos de aquella condición y manera, que le es propia á aquel divino cuerpo y espíritu; que es la mayor unidad que se puede hacer ó pensar en cosas tan apartadas de suyo. De manera que como una nube, en quien ha lanzado la fuerza de su claridad y de sus rayos el sol, llena de luz, y (si aquesta palabra aquí se permite) en luz empapada, por donde quiera que se mire es un sol; así ayuntando Cristo, no solamente su virtud y su luz, sino su mismo espíritu y su mismo cuerpo con los fieles y justos, y como mezclando en cierta manera su alma con la suya de ellos, y con el cuerpo de ellos su cuerpo, en la forma que he dicho, les brota Cristo, y les sale afuera por los ojos y por la boca, y por los sentidos: y sus figuras todas, y sus semblantes, y sus movimientos, son Cristo, que los ocupa así á todos, y se enseñoorea de ellos tan íntimamente, que sin destruirles ó corromperles su ser, no se verá en ellos en el último día, ni se descubrirá otro ser más del suyo, y un mismo ser en todos. Por lo cual así Él como ellos, sin dejar de ser Él y ellos, serán un Él, y uno mismo.

Grande nudo es aqueste, Sabino, y lazo de unidad tan estrecho, que en ninguna cosa de las que ó la naturaleza ha compuesto, ó el arte inventado, las partes diversas que tiene se juntaron jamás con juntura tan delicada, ó que así huyese la vista, como es esta juntura. Y cierto es ayuntamiento de matrimonio tanto mayor y mejor, cuanto se celebra por modo más uno y más limpio. Y la ventaja que hace al matrimonio ó desposorio de la carne en limpieza, esa ó mucho mayor ventaja le hace en unidad y estrechez. Que allí se inficionan los cuerpos; y aquí se deifica el alma y la carne. Allí se aficionan las voluntades; aquí todo es una voluntad y un querer. Allí adquieren derecho el uno sobre el cuerpo del otro; aquí, sin destruir su sustancia, convierte en su cuerpo, en la manera que he dicho, el esposo Cristo á su Esposa. Allí se yerra

de ordinario; aquí se acierta siempre. Allí de continuo hay solicitud y cuidado enemigo de la conformidad y unidad; aquí seguridad y reposo ayudador y favorecedor de aquello que es uno. Allí se ayuntan para sacar á luz á otro tercero; aquí por un ayuntamiento se camina á otro, y el fruto de aquesta unidad es afinarse en ser uno, y el abrazarse es para más abrazarse. Allí el contento es aguado, y el deleite breve y de bajo metal; aquí lo uno y lo otro tan grande, que baña el cuerpo y el alma, tan noble, que es gloria, tan puro, que ni antes le precede, ni después se le sigue, ni con él jamás se mezcla ó se ayunta el dolor. Del cual deleite, pues habemos dicho ya del ayuntamiento, que es lo que propusimos primero, lo que el Señor nos ha comunicado, será bien que digamos agora lo que se pudiere decir, aunque no sé si es de las cosas que no se han de decir: á lo menos cierto es, que como ello es, y como pasa, ninguno jamás lo supo ni pudo decir.

Y así sea esta la primera prueba, y el argumento primero de su no medida grandeza, que nunca cupo en lengua humana, y que el que más lo prueba lo calla más, y que su experiencia enmudece la habla, y que tiene tanto de bien que sentir, que ocupa el alma toda su fuerza en sentirlo, sin dejar ninguna parte de ella libre para hacer otra cosa. De donde la Sagrada Escritura, en una parte adonde trata de aqueste gozo y deleite, le llama (Apoc., c. ii, v. 17) *maná escondido*, y en otra (Ibid.) *nombre nuevo*, que no lo sabe leer sino aquel sólo que lo recibe: y en otra (Cant., c. ii, vv. 4, 6), introduciendo como en imagen una figura de aquestos abrazos, venido á este punto de declarar sus deleites de ellos, hace que se desmaye, y que quede muda y sin sentido la esposa que lo representa. Porque así como en el desmayo se recoge el vigor del alma á lo secreto del cuerpo, y ni la lengua, ni los ojos, ni los piés, ni las manos hacen su oficio; así este gozo al punto que se derrama en el alma, con su grandeza increíble la lleva toda á sí, por manera que no le deja comunicar lo que siente á la lengua.

Mas qué necesidad hay de rastrear por indicios lo que abiertamente testifican las sagradas letras, y lo que por clara y llana razón se convence? David dice en su divina Escritura (Ps. xxx, v. 9): *Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de*

tu dulzura, la que escondiste para los que te temen? Y en otra parte (Ps. xxxv, v. 9): *Serán, Señor, vuestros siervos embriagados con el abundancia de los bienes de vuestra casa, y daréisles á beber del arroyo impetuoso de vuestros deleites.* Y en otra parte (Ps. xxxiii, v. 9): *Gustad y ved cuán dulce es el Señor.* Y en otra (Ps. xlv, v. 5): *Un río de avenida baña con deleite la ciudad de Dios.* Y (Ps. cxvii, v. 15), *Voz de salud y alegría suena en las moradas de los justos.* Y (Ps. lxxxviii, v. 16), *Bienaventurado es el pueblo que sabe qué es jubilación.* Y finalmente Isaías (Isai., c. lxiv, v. 4): *Ni los ojos lo vieron, ni lo oyeron los oídos, ni pudo haber en humano corazón lo que Dios tiene aparejado para los que esperan en Él.* Y conviene que como aquí se dice, así sea por necesaria razón, y tan clara que se tocará con las manos si primero entendiéremos, qué es, y cómo se hace aquello que llamamos deleite. Porque deleite es un sentimiento y movimiento dulce que acompaña y como remata todas aquellas obras en que nuestras potencias y fuerzas conforme á sus naturalezas ó á sus deseos sin impedimento ni estorbo se emplean. Porque todas las veces que obramos así, por el medio de aquellas obras alcanzamos alguna cosa, que ó por naturaleza, ó por disposición y costumbre, ó por elección y juicio nuestro, nos es conveniente y amable. Y como cuando no se posee, y se conoce algún bien, la ausencia de él causa en el corazón una agonía y deseo; así es necesario decir, que por el contrario, cuando se posee y se tiene, la presencia de él en nosotros, y el estar ayuntado y como abrazado con nuestro apetito y sentidos, conociéndolo nosotros así, los halaga y regala. Por manera que el deleite es un movimiento dulce del apetito.

Y la causa del deleite son, lo primero, la presencia, y como si dijésemos, el abrazo del bien deseado: al cual abrazo se viene por medio de alguna obra conveniente que hacemos: y es como si dijésemos el tercero de esta concordia, ó por mejor decir, el que la saborea y sazona, el conocimiento y el sentido de ella. Porque á quien no siente ni conoce el bien que posee, ni si lo posee, no le puede ser el bien ni deleitoso ni apacible. Pues esto presupuesto de aquesta manera, vamos agora mirando estas fuentes de donde mana el deleite, y examinando á cada una de ellas por sí, que adonde quiera que las descubriéremos más, y en todas aquellas cosas adonde

halláremos mayores y más abundantes mineros de él, en aquellas cosas sin duda el deleite de ellas será de mayores quilates.

Es pues necesario para el deleite, y como fuente suya de donde nace, lo primero, el conocimiento y sentido; lo segundo, la obra, por medio de la cual se alcanza el bien deseado; lo tercero, ese mismo bien; lo cuarto y lo último, su presencia y ayuntamiento de él con el alma. Y digamos del conocimiento primero, y después diremos de lo demás por su orden.

El conocimiento cuanto fuere más vivo, tanto, cuanto es de su parte, será causa de más vivo y más acendrado deleite, Porque por la razón que no pueden gozar de él todas aquellas cosas, que no tienen sentido, por esa misma se convence, que las que le tienen, cuanto más de él tuvieren, tanto sentirán la dulzura más, conforme á como la experiencia lo demuestra en los animales. Que en la manera que á cada uno de ellos conforme á su naturaleza y especie, ó más ó menos se les comunica el sentido; así más ó menos les es deleitable y gustoso el bien que poseen. Y cuanto en cada una orden de ellos está la fuerza del sentido más bota, tanto cuando se deleitan, es menor su deleite. Y no solamente se ve esto entre las cosas que son diferentes, comparándolas entre sí mismas, mas en un linaje mismo de cosas, y en los particulares que en sí contiene, se ve. Porque los hombres, los que son de más buen sentido, gustan más del deleite: y en un hombre solo, si ó por acaso ó por enfermedad tiene amortecido el sentido del tacto en la mano, aunque la tenga fría, y la allegue á la lumbre, no le hará gusto el calor. Y como se fuere en ella por medio de la medicina, ó por otra alguna manera despertando el sentir, así por los mismos pasos, y por la medida misma, crecerá en ella el poder gozar del deleite. Por donde si esto es así, ¿quién no sabe ya cuán más subido y agudo sentido es aquel con que se comprenden y sienten los gozos de la virtud, que no aquel de quien nacen los deleites del cuerpo? Porque el uno es conocimiento de razón, y el otro es sentido de carne. El uno penetra hasta lo último de las cosas que conoce, el otro para en la sobrehaz de lo que siente. El uno es sentir bruto y de aldea, el otro es entender espiritual y de alma. Y conforme á

esta diferencia y ventaja, así son diferentes, y se aventajan entre sí los deleites que hacen.

Porque el deleite que nace del conocer del sentido, es deleite ligero, ó como sombra de deleite, y que tiene de él como una vislumbre ó sobre haz solamente, y es tosco y aldeano deleite: mas el que nos viene del entendimiento y razón, es vivo gozo, y macizo gozo, y gozo de sustancia y verdad. Y así como se prueba la grande sustancia de aquestos deleites del alma por la viveza del entendimiento que los siente y conoce; así también se vé su nobleza, por el metal de la obra que nos ayunta al bien de do nacen. Porque las obras, por cuya mano metemos á Dios en nuestra casa, que puesto en ella la hinche de gozo, son el contemplarle, y el amarle, y el ocupar en él nuestro pensamiento y deseo, con todo lo demás que es santidad y virtud. Las cuales obras ellas en sí mismas son por una parte tan propias de aquello que en nosotros verdaderamente es ser hombre, y por otra tan nobles en sí, que ellas mismas por sí, dejado aparte el bien que nos traen, que es Dios, deleitan el alma, que con sola su posesión de ellas, se perfecciona y se goza. Como al revés todas las obras que el cuerpo hace, por donde consigue aquello con que se deleita el sentido, sean obras, ó no propias del hombre, ó así toscas y viles, que nadie las estimaría; ni se alegraría con ellas por sí solas, si ó la necesidad pura, ó la costumbre dañada no le forzase. Así que en lo bueno, antes que ello deleite, hay deleite; y eso mismo que va en busca del bien, y que lo halla, y le echa las manos, es ello en sí bien que deleita, y por un gozo se camina á otro gozo: por el contrario de lo que acontece en el deleite del cuerpo, adonde los principios son intolerable trabajo, los fines enfado y hastío, los frutos dolor y arrepentimiento.

Mas cuando acerca de esto faltase todo lo que hasta agora se ha dicho, para conocer que es verdad, basta la ventaja sola que hace el bien de donde nacen estos espirituales deleites, á los demás bienes que son cebo de los sentidos. Porque si la pintura hermosa presente á la vista deleita los ojos, y si los oídos se alegran con la suave armonía, y si el bien que hay en lo dulce, ó en lo sabroso, ó en lo blando, causa contentamiento en el tacto, y si otras cosas menores, y menos

dignas de ser nombradas, pueden dar gusto al sentido; injuria será que se hace á Dios, poner en cuestión, si deleita, ó que tanto deleita al alma que se abraza con Él. Bien lo sentía esto aquel que decía (Ps. LXXII, v. 25.): *Qué hay para mí en el cielo, y fuera de vos, Señor, qué puedo desear en la tierra?* Porque si miramos lo que, Señor, sois en Vos, sois un océano infinito de bien: y el mayor de los que por acá se conocen y entienden, es una pequeña gota comparado con Vos, y es como una sombra vuestra oscura y ligera. Y si miramos lo que para nosotros sois, y en nuestro respeto, sois el deseo del alma, el único paradero de nuestra vida, el propio y solo bien nuestro, para cuya posesión somos criados, y en quien sólo hallamos descanso, y á quien aún sin conoceros, buscamos en todo cuanto hacemos. Que á los bienes del cuerpo, y cuasi á todos los demás bienes que el hombre apetece, apetécelos como á medios para conseguir algún fin, y como á remedios y medicinas de alguna falta ó enfermedad que padece: busca el manjar, porque le atormenta la hambre; allega riquezas, por salir de pobreza; sigue el son dulce, y vase en pos de lo proporcionado y hermoso, porque sin esto padecen mengua el oído y la vista.

Y por esta razón los deleites que nos dan estos bienes, son deleites menguados y no puros: lo uno, porque se fundan en mengua, y en necesidad, y tristeza; y lo otro, porque no duran más de lo que ella dura, por donde siempre la traen junto á sí, y como mezclada consigo. Porque si no hubiese hambre, no sería deleite el comer; y en faltando ella, falta él juntamente. Y así no tienen más bien, de cuanto dura el mal para cuyo remedio se ordenan. Y por la misma razón no puede entregarse ninguno á ellos sin rienda, antes es necesario que los use, el que de ellos usar quisiere, con tasa, si le han de ser, conforme á como se nombran, deleites: porque lo son hasta llegar á un punto cierto, y en pasando de él no lo son. Mas vos, Señor, sois todo el bien nuestro, y nuestro soberano fin verdadero: y aunque sois el remedio de nuestras necesidades, y aunque hacéis llenos todos nuestros vacíos; para que os ame el alma mucho más que á sí misma, no le es necesario que padezca mengua: que vos por vos merecís, todo lo que es el querer y el amor. Y cuanto el que os amare,

Señor, estuviere más rico y más abastado de vos, tanto os amará con más veras. Y así como Vos en Vos no tenéis fin ni medida, así el deleite que nace de Vos en el alma, que consigo os abraza dichosa, es deleite que no tiene fin, y que cuanto más crece, es más dulce; y deleite en quien el deseo, sin recelo de caer en hartura, puede alargar la rienda cuanto quisiere: porque como testificáis de Vos mismo (Eccli. c. xxiv, v. 29; Ps. xlv, v. 4.): *Quien bebiere de vuestra dulzura, cuanto más bebiere, tendrá de ella más sed.*

—Y por esta misma razón (si, Juliano, no os desagrade, y según que agora á la imaginación se me ofrece) en la sagrada Escritura aqueste deleite que Dios en los suyos produce, es llamado con nombres de avenida y de río: como cuando el Salmista decía, que da de beber Dios á los suyos un río de deleite grandísimo. Porque en decirlo así, no solamente quiere decir que les dará Dios á los suyos grande abundancia de gozo; sino también nos dice y declara, que ni tiene límite aqueste gozo, ni menos es gozo, que hasta un cierto punto es sabroso, y pasado de él, no lo es; ni es como lo son los deleites que vemos, agua encerrada en vaso que tiene su hondo, y que fuera de aquellos términos, con que se cerca, no hay agua, y que se agota y se acaba bebiéndola; sino que es agua en río que corre siempre, y que no se agota bebida, y que por más que se beba, siempre viene fresca á la boca, sin poder jamás llegar á algún paso, adonde no haya agua, esto es, adonde aquel dulzor no lo sea. De manera que por razón de ser Dios bien infinito, y bien que sobrepuja sin ninguna comparación á todos los bienes, se entiende que en el alma que le posee, el deleite que hace es entre todos los deleites el mayor deleite: y por razón de ser nuestro último fin, se convence, que jamás aqueste deleite da en cara. Y si esto es por ser Dios el que es, qué será por razón del querer que nos tiene, y por el estrecho nudo de amor con que con los suyos se enlaza? Que si el bien presente y poseído deleita, cuanto más presente y más ayuntado estuviere, sin ninguna duda deleitará más.

Pues ¿quién podrá decir la estrechez no comparable de aqueste ayuntamiento de Dios? No quiero decir lo que agora he ya dicho, repitiendo las muchas y diversas maneras como

se ayunta Dios con nuestros cuerpos y almas: mas digo, que cuando estamos más metidos en la posesión de los bienes del cuerpo, y somos hechos más de ellos señores, toda aquella unión y estrechez es una cosa floja y como desatada en comparación de este lazo. Porque el sentido y lo que se junta con el sentido solamente se tocan en los accidentes de fuera (que ni veo sino lo colorado, ni oigo sino el retintín del sonido, ni gusto sino lo dulce ó amargo, ni percibo tocando sino es la aspereza ó blandura) mas Dios abrazado con nuestra alma, penetra por ella toda, y se lanza á sí mismo por todos sus apartados secretos hasta ayuntarse con su más íntimo ser: adonde hecho como alma de ella, y enlazado con ella, la abraza estrechísimamente. Por cuya causa en muchos lugares la Escritura dice, que mora Dios en el medio del corazón. Y David en el Salmo (Ps. cxxxii, v. 2.) le compara al aceite, que puesto en la cabeza del sacerdote viene al cuello, y se extiende á la barba, y descende corriendo por las vestiduras todas hasta los piés. Y en el libro de la Sabiduría (Eccli. cap. xxiv, v. 6.) por aquesta misma razón es comparado Dios á la niebla que por todo penetra. Y no solamente se ayunta mucho Dios con el alma, sino ayúntase todo; y no todo, sucediéndose unas partes á otras, sino todo junto, y como de un golpe, y sin esperarse lo uno á lo otro: lo que es al revés en el cuerpo, á quien sus bienes, los que él llama bienes, se le allegan de espacio y repartidamente, y sucediéndose unas partes á otras, agora una, y después de esta otra, y cuando goza de la segunda, ha perdido ya la primera. Y como se reparten y se dividen aquellos, ni más ni menos se corrompen y acaban; y cuales ellos son, tal es el deleite que hacen: deleite como exprimido por fuerza, y como regateado, y como dado blanca á blanca con escasez; y deleite al fin que vuela ligerísimo, y que se desvanece como humo, y se acaba. Mas el deleite que hace Dios, viene junto, y persevera junto y estable, y es como un todo no divisible, presente siempre todo á sí mismo: y por eso dice la Escritura en el Salmo, que deleita Dios con río y con ímpetu á los vecinos de su ciudad, no gota á gota, sino con todo el ímpetu del río así junto.

De todo lo cual se concluye, no solamente que hay deleite en este desposorio y ayuntamiento del alma y de Dios, sino

que es un deleite, que por donde quiera que se mire, vence á cualquier otro deleite. Porque ni se mezcla con necesidad, ni se agua con tristeza, ni se da por partes, ni se corrompe en un punto, ni nace de bienes pequeños, ni de abrazos tibios ó flojos, ni es deleite tosco, ó que se siente á la ligera, como es tosco y superficial el sentido; sino divino bien, y gozo íntimo, y deleite abundante, y alegría no contaminada, que baña el alma toda, y la embriaga y anega por tal manera, que cómo ello es, no se puede declarar por ninguna. Y así la Escritura divina cuando nos quiere ofrecer alguna como imagen de aqueste deleite, porque no hay una que se le asemeje del todo, usa de muchas semejanzas é imágenes. Que unas veces, como antes de gora decíamos, le llama *maná escondido*. Maná, porque es deleite dulcísimo, y dulcísimo no de una sola manera, ni sabroso con un solo sabor, sino como del maná se escribe en la Sabiduría (Sap. cap. xvi, v. 20.), hecho al gusto del deseo, y lleno de innumerables sabores. Maná escondido, porque está secreto en el alma, y porque si no es quien lo gusta ninguno otro entiende bien lo que es. Otras veces le llama *apósito de vino*, como en el libro de los Cantares (Cant. cap. ii, v. 4.): y otras (Cant. v, v. 1.) el vino mismo; y otras (Cant. i, vv. 2 y 3, et iv, v. 10.) licor mejor mucho que el vino. Apósito de vino, como quien dice amontonamiento y tesoro de todo lo que es alegría. Más que el vino, porque ninguna alegría, ni todas juntas se igualan con esta.

Otras veces nos le figura, como en el mismo libro, por nombre de *pechos*. Porque no son los pechos tan dulces ni tan sabrosos al niño, como los deites de Dios son deleitables á aquel que los gusta. Y porque no son deleites que dañan la vida, ó que debilitan las fuerzas del cuerpo: sino deleites que alimentan el espíritu, y le hacen que crezca, y deleites, por cuyo medio comunica Dios al alma la virtud de su sangre hecha leche, esto es, por manera sabrosa y dulce. Otras veces son dichos *mesa y banquete*, como por Salomón y David: para significar su abastanza, y la grandeza y variedad de sus gustos, y la confianza, y el descanso, y el regocijo, y la seguridad, y esperanzas ricas que ponen en el alma del hombre. Otras los nombra *sueño*, porque se repara en ellos el espíritu

de cuanto padece y lacera en la continua contradicción que la carne y el demonio le hace. Otras (Apocal. c. ii, v. 17.) los compara á *guija*, ó á *pedrecilla* pequeña y blanca, y escrita de un nombre que sólo el que lo tiene le lee. Porque así como según la costumbre antigua, en las causas criminales, cuando echaba el juez una piedra blanca en el cántaro, era dar vida; y como los dias buenos y de sucesos alegres los antiguos los contaban con pedrezuelas de aquesta manera: así mismo el deleite que da Dios á los suyos, es como una prenda sensible de su amistad, y como una sentencia que nos absuelve de su ira, que por nuestra culpa nos condenaba al dolor y á la muerte: y es voz de vida en nuestra alma, y dia de regocijo para nuestro espíritu, y de suceso bienaventurado y feliz.

Y finalmente otras veces significa aquestos deleites con nombre de *embriaguez*, y de *desmayo*, y de enajenamiento de sí, porque ocupan toda el alma, que con el gusto de ellos se mete tan adelante en los abrazos y sentimientos de Dios, que desfallece al cuerpo, y cuasi no comunica con él su sentido, y dice y hace cosas el hombre, que parecen fuera de toda naturaleza y razón. Y á la verdad, Juliano, de las señales que podemos tener de la grandeza de estos deleites, los que deseamos conocerlos, y no merecemos tener su experiencia, una de las más señaladas y ciertas es, el ver los efectos, y las obras maravillosas, y fuera de toda orden común, que hacen en aquellos que experimentan su gusto. Porque si no fuera dulcísimo incomparablemente el deleite que halla el bueno con Dios, cómo hubiera sido posible, ó á los mártires padecer los tormentos que padecieron, ó á los ermitaños durar en los yerros por tan luengos años en la vida que todos sabemos? Por manera que la grandeza no medida de este dulzor, y la violencia dulce con que enajena y roba para sí toda el alma, fué quien sacó á la soledad á los hombres, y los apartó de cuasi todo aquello que es necesario al vivir. Y fué quien los mantuvo con yerbas y sin comer muchos dias, desnudos al frio, y descubiertos al calor, y sujetos á todas las injurias del cielo. Y fué quien hizo fácil, y hacedero y usado, lo que parecía en ninguna manera posible. Y no pudo tanto, ni la naturaleza con sus necesidades, ni la tiranía y crueldad con sus

no oidas cruizas para retraerlos del bien, que no pudiese mucho más para detenerlos en él aqueste deleite; y todo aquel dolor que pudo hacer el artificio y el cielo, la naturaleza y el arte, el ánimo encrudelecido, y la ley natural poderosa, fué mucho menor que este gozo. Con el cual esforzada el alma, y cebada y levantada sobre sí misma, y hecha superior sobre todas las cosas, llevando su cuerpo tras sí, le dió que no pareciese ser cuerpo.

Y si quisiésemos agora contar por menudo los ejemplos particulares y extraños que de esto tenemos, primero que la historia, se acabaría la vida: y así baste por todos uno, y este sea el que es la imágen común de todos, que el Espíritu Santo nos dibujó en el libro de los Cantares, para que por las palabras y acontecimientos que conocemos, veamos como en idea todo lo que hace Dios con sus escogidos. Porque qué es lo que no hace la ESPOSA allí para encarecer aqueste su deleite que siente, ó lo que el ESPOSO no dice para este mismo propósito? No hay palabra blanda, ni dulzura regalada, ni requiebro amoroso, ni encarecimiento dulce, de cuantos en el amor jamás se dijeron ó se pueden decir, que ó no lo diga allí, ó no lo oiga la ESPOSA. Y si por palabras, ó por demostraciones exteriores se puede declarar el deleite del alma, todas las que significan un deleite grandísimo, todas ellas se dicen y hacen allí: y comenzando de menores principios, van siempre subiendo; y esforzándose siempre más el soplo del gozo, al fin las velas llenas navega el alma justa por un mar de dulzor, y viene á la fin á abrasarse en llamas de dulcísimo fuego, por parte de las secretas centellas que recibió al principio en sí misma. Y acontécele cuanto á este propósito al alma con Dios, como al madero no bien seco, cuando se le avecina el fuego le aviene. El cual así como se va calentando del fuego, y recibiendo en sí su calor; así se va haciendo sujeto apto y dispuesto para recibir más calor, y lo recibe de hecho. Con el cual calentado, comienza primero á despedir humo de sí, y á dar de cuando en cuando algún estallido; y corren algunas veces gotas de agua por él; y procediendo en esta contienda, y tomando por momentos el fuego en él mayor fuerza, el humo que salía, se enciende de improviso en llama que luego se acaba, y dende á poco se torna á encender otra vez, y á

apagarse también: y así hace la tercera y la cuarta, hasta que al fin el fuego ya lanzado en lo íntimo del madero, y hecho señor de todo él, sale todo junto, y por todas partes afuera levantando sus llamas: las cuales prestas y poderosas, y á la redonda bullendo, hacen parecer un fuego el madero.

Y por la misma manera cuando Dios se avecina al alma, y se junta con ella, y le comienza á comunicar su dulzura; ella así como la va gustando, así la va deseando más, y con el deseo se hace á sí misma más hábil para gustarla; y luego la gusta más, y así creciendo en ella aqueste deleite por puntos, al principio la estremece toda, y luego la comienza á ablandar; y suenan de rato en rato unos tiernos suspiros; y corren por las mejillas á veces y sin sentir algunas dulcísimas lágrimas: y procediendo adelante enciéndese de improviso como una llama compuesta de luz y de amor, y luego desaparece volando; y torna á repetirse el suspiro, y torna á lucir y cesar otro no se qué resplandor; y acreciéntase el lloro dulce, y anda así por un espacio haciendo mudanzas el alma traspasándose unas veces, y otras veces tornándose á sí; hasta que sujeta ya del todo al dulzor, se traspasa del todo, y levantada enteramente sobre sí misma, y no cabiendo en sí misma, espira amor, y terneza, y derretimiento por todas sus partes, y no entiende ni dice otra cosa, sino es luz, amor, vida, descanso sumo, belleza infinita, bien inmenso y dulcísimo, dame que me deshaga yo, y que me convierta en Tí toda, Señor.

—Mas callemos, Juliano, lo que por mucho que hablemos no se puede hablar. —Y calló diciendo esto Marcelo un poco; y tornó luego á decir: Dicho he del nudo y del deleite de este desposorio lo que he podido: quedame por decir lo que supiere de las demás circunstancias y requisitos suyos. Y no quiero referir yo agora las causas que movieron á Cristo, ni los accidentes de donde tomó ocasión para ser nuestro esposo, porque ya en otros lugares hemos dicho hoy acerca de esto lo que conviene: ni diré de los terceros que entrevinieron en estos conciertos, porque el mayor, y el que á todos nos es manifiesto, fué la grandeza de su piedad y bondad: mas diré de la manera cómo se ha habido con esta su ESPOSA por todo el espacio que desde que se prometieron corre, hasta el día del